

Algunas de las vertientes del antimodernismo llegaron a imaginar nichos de tradición que deberían ser defendidos de las pulsiones uniformadoras de los nuevos tiempos: la comunidad, la aldea, la cultura cara a cara (que se convertiría, por cierto, en uno de los tipos más importantes del pensamiento social en gestación, sobre todo en la tradición alemana). Tal es una de las modalidades del conservadurismo —no la única entre las vigentes en el siglo XX. Esa idealización no acostumbraba hacer explícitas las escalas de esas comunidades imaginadas (y menos comprobar su existencia empíricamente), pero es de suponerse que eran relativamente pequeñas, patriarcales, cristianas y étnicamente puras. Sin embargo, eran poderosas, plenas de vida, porque no interrumpían ni perturbaban unas relaciones intensísimas y sinceras entre los hombres consigo mismo, con los demás y con la naturaleza que pareció bendecirlos.

No tiene caso preguntarse sobre la realidad histórica de estas imagerías. No tiene caso, tampoco, inquirir si esta visión de la vida es suficiente para nuestra sensi-

bilidad contemporánea. Pero no podemos pasar por alto cómo esas filosofías y esa jerga de la autenticidad (como la llamó T. W. Adorno) mutaron —o quizá sólo evolucionaron— hacia ideologías excluyentes y a veces homicidas. Las filosofías de la vida, la pasión por la pureza de la raza y del lugar, la nostalgia por orígenes iluminados, las ideologías de pueblos elegidos que se fraguaron en las hogueras aldeanas, han sido, más de una vez, infiernos del siglo XX.

Por eso Jerez debe ser entendido como la historia de tono de la vida local, pero sin la referencia edípica a la *matria* de Luis González. O al menos aquí la madre resultó cosmopolita. Sea como sea, es no sólo posible sino necesaria una historia modernista de las pequeñas y medianas ciudades. O dicho de otra forma, existe una historia altamente relevante de la experiencia modernista en comunidades y poblaciones de pequeñas magnitudes y escalas. En último caso, y como mostró Octavio Paz, reconozcamos que la modernidad es también una tradición.

Planteo, otra vez, la dicotomía que resume lo que el libro de Carlos

Lira promete. Jerez: ¿civilización o cultura? Me inclino por el primer término. Civilización es una categoría que debe regresar al imaginario del historiador. Ese regreso implica cambios de énfasis, de métodos, de ritmo. Supone además concatenaciones más amplias y complejas y una graciosa huida de toda la jerigonza de las identidades y las esencias locales y nacionales. Jerez como lugar y momento civilizatorio abre camino a su universalización. El enfoque sólo cultural, con las connotaciones de éste en el debate contemporáneo, lo aislaría en el caso.

Termino diciendo que, para Norbert Elias, el proceso de civilización es el camino de la “dulcificación de las costumbres”. Dulces costumbres las que ha encontrado Carlos Lira en Jerez: la de construir y habitar bien, con gusto, como un gesto de auto-reconocimiento y de respeto a las propias expectativas y deseos. Dulce costumbre la de leer e interpretar el mundo como si éste fuera uno y hablara el mismo idioma. Dulce costumbre la de amar el siglo sobre todas las cosas, y dejar en paz el más allá y la historia.

Pensamiento y discurso del racismo

Dolores Pla

José Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Los caminos del racismo en México*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Plaza y Valdes, 2005.

Para escribir *Los caminos del racismo en México* Jorge Gómez congregó a tres reconocidos especialistas más para examinar conjuntamente “algunos aspectos de la gestación y presencia de la ideo-

logía racista en el pensamiento y discursos elaborados por las élites mexicanas durante los siglos XIX y XX” que contribuyeron de manera importante a “inventar una identidad colectiva de unidad y armonía” que se estimó necesaria para

consolidar la nación mexicana. El espacio temporal que cubren los cuatro trabajos que reúne el libro abarca el siglo XIX y parte del XX, hasta el final de la presidencia de Lázaro Cárdenas.

El primer texto del libro es el de Guy Rozat, “El señor conde y la humanidad. Los prejuicios étnicos raciales de un viajero suizo decimonónico”. El doctor Rozat analiza una serie de cartas que el naturalista suizo Henri de Saussure escribió a su familia durante su viaje a las Antillas y México, en los años de 1854 y 1856. En ellas se recogen comentarios sobre los habitantes de esta parte del planeta, que permiten observar, en palabras de Guy, “un núcleo que bien vale la pena analizar y que —pensamos— pertenece a la matriz de la civilización occidental en sus relaciones con los demás.” que consiste básicamente en “una manera que tenían los occidentales de este periodo de apropiarse del mundo imbuidos en la creencia narcisista de su superioridad natural, instaurándose en el siglo XIX como los amos del universo”.

El naturalista suizo “llevaba consigo, antes de arribar a tierras americanas, muchos de los prejuicios que ordenarán sus relaciones con los americanos”. Seguramente por eso podía opinar de los mexicanos bastante antes de desembarcar: “México es un país de risa y los habitantes también son gente para reírse.” O ante la evidencia, que le mostraba a los negros de isla de Santo Tomás, posesión danesa, “trabajadores, activos, sonrientes”, progresando y “civilizándose” “sin golpes de palos”, no dejó de comentar que “[...] “a pesar de todas estas cualidades, siguen siempre siendo negros, la riqueza no va con su color”. Qué decir de los negros haitianos, ahí sí cree comprobar sin mayor contradicción

“que sienten muy bien su inferioridad natural” o que un negro “es apenas un ser humano”. Pero eso sí, los negros antillanos pueden ser muy buenos en el desempeño de alguna función si son mandados, por ejemplo, por ingleses. Bien comenta Rozat que se puede desprender de lo escrito por el suizo: “la idea de que hay hombres nacidos para ser amos por sus eminentes cualidades naturales, y éstos en general son europeos, el resto de la humanidad está hecha para servir y obedecer”.

Pero tampoco los blancos escapan a sus comentarios. En Cuba observa manifestaciones de la cultura española que hacen que escriba: “Europa, es bien conocido, termina en los Pirineos”; a fin de cuentas los españoles, entonces, no están demasiado lejos de los abominables negros.

Conociendo su opinión de los habitantes de las Antillas, debo confesar que esperaba que vertiera asimismo las relativas a los indios, los criollos o los mestizos de México, no sobre los “mexicanos”; pero sucede exactamente al revés, aparentemente lo que encontró el doctor Rozat en las cartas del suizo son justamente opiniones sobre el mexicano —es decir habitantes de una nación, no integrantes de una “raza”—, así escribió: “Nada es más falso ni más alevoso que un mexicano” y otras “perlas” por el estilo. En general, desafortunadamente la parte del trabajo dedicada a México nos sabe a poco, más aún porque el viajero enmudece apenas en las cercanías del Pico de Orizaba. De cualquier manera, el texto cumple con la función que pretendió el doctor Rozat: mostrar una “típica versión narcisista del occidental ilustrado de la primera mitad del siglo XIX” que todavía no constituye un pensamiento racista,

en sentido estricto, sino —en este caso, de manera muy evidente— un prejuicio aristocrático. Pero de estos elementos habrá de salir poco tiempo después el racismo propiamente dicho. Escribe el autor: “Es ese rechazo de la igualdad humana proveniente de las antiguas identidades jerárquicas que las teorías científicas raciológicas de las décadas siguientes, con el racismo científico, vendrán a conformar y sistematizar.” Teorías que impactarán en las formas de racismo que se reproducirán en el lado americano del Atlántico, como constatan los tres autores restantes en sus respectivos trabajos.

El segundo texto, “La degeneración de la raza a finales del siglo XIX. Un fantasma ‘científico’ recorre el Mundo”, de Fernanda Núñez Becerra, comienza con la definición de racismo de André Taguieff, según la cual es una o varias teorías pseudocientíficas que pretenden explicar la desigualdad de las razas humanas, y que afirma la superioridad de unas sobre otras a partir de un determinismo biológico. El hecho de que esto no se haya podido comprobar y de que posteriormente se haya invalidado también desde el ámbito científico, no impidió, sin embargo, que este planteamiento fuera aceptado por individuos y grupos sociales, y haya desembocado en actos de resentimiento, odio y violencia a veces inimaginables. Hay que denunciar y desmontar estas teorías que son insostenibles, plantea Fernanda Núñez.

La ciencia, más específicamente la medicina, jugó un papel determinante para decidir qué y quién estaba bien o en lo correcto o era normal, y quién no. Por eso la autora analizará las obras de algunos médicos mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, tiem-

pos en que “la predominancia de lo biológico sobre el plano social” llevó a teorías descabelladas que sin embargo tuvieron una incidencia en tanto se permitió que estos personajes se convirtieran en “árbitros sociales”. Observa qué se dijo en México de los indios y los criminales, pero sobre todo de las prostitutas. Escribe: “Los grupos raciales que no formaban parte del mundo ‘civilizado’ fueron caracterizados como infantiles y/o degenerados, igual que algunos sectores pobres de la sociedad, como los vagos y las prostitutas”, y había que limitar el impacto que pudieran tener en la sociedad, a fin de evitar la “degeneración de la raza”.

El tercer texto es de Alicia Castellanos Guerrero, “Para hacer nación: discursos racistas en el México decimonónico”. La autora plantea que en los tiempos posteriores a la independencia de México, en el marco del impulso de un modelo de desarrollo capitalista y de una nación homogénea, los discursos que se generaron desde las élites ponen de manifiesto de qué manera se concibe al indígena y cómo se pensaba lograr la anhelada homogeneidad racial y cultural. En la nueva sociedad, que quiere ser de “iguales”, la designación “indio” desaparece, pero su presencia continúa siendo contundente y es problemática. Difícil es para estas élites compaginar el principio de “igualdad” entre diferentes, como lo implica esta presencia. Difícil es también para las “sufridas” élites decimonónicas, ante la necesidad de encontrar símbolos de identidad nacional, integrar una de las dos herencias, la prehispánica —la otra es la española— a la que consideran abominable. Y los indios vivos dificultan o enturbian aún el principio de tolerancia religiosa, porque su religión es “idolatría”

intolerable. También entorpecen el desarrollo del capitalismo al conservar la propiedad comunal, y durante el siglo XIX se arremetió en forma brutal sobre este tipo de organización.

En fin, sólo a través de educar y civilizar a los indios se podrán salvar los obstáculos —concluyeron nuestros ilustrados— La educación, encargada de destruir los idiomas y la mentalidad indígena, también el mestizaje —“cruzamiento” con blancos y criollos— que, habría que decir, es apenas fachada para una desculturación, y muy lejos está de ser un encuentro e intercambio entre iguales, y, por supuesto, la eliminación física de los indios cuando se considere necesario, son los caminos que deben seguirse para lograr las metas. A manera de recapitulación escribe la autora: “La igualdad de todos, los símbolos de identidad, la *sui generis* concepción de la tolerancia religiosa, la desaparición de la propiedad comunal para dar curso al desarrollo y progreso nacionales, la educación y civilización de los indios forman parte de prácticas discursivas y acciones del poder que se encaminan a su disolución y al predominio de la cultura blanca, criolla, mestiza y de la homogeneidad cultural”.

Aunque hubo diferencias entre las voces dominantes, en especial entre liberales y conservadores, lo cierto es, en palabras de la autora, que “en el concierto de voces del poder encontramos un discurso racista de varios signos que inferioriza, sea bajo la argumentación de la igualdad —asimilación— o la diferencia —separación— Los estereotipos étnicos conforman un extenso léxico pronunciado por legisladores, funcionarios, intelectuales, científicos y periodistas que atribuyen su atraso, su minoría, a una inferioridad intrínseca

y resultado de su estado de evolución, que persisten en el imaginario del poder y en su política para los pueblos indígenas, después de casi dos siglos de que se consumara la independencia nacional y se iniciara la construcción de la nación mexicana”.

El texto termina con un apartado: “Resistencia étnica”, que parece de lo más pertinente y necesario porque significa exponer el otro lado de la misma moneda. Ahí se da cuenta de la resistencia que establecieron los pueblos indios, que se tradujo en rebeliones campesinas e indígenas a lo largo del siglo XIX en prácticamente todo el territorio nacional, manifestando “la oposición al modelo de nación y desarrollo en proceso y al racismo que atraviesa las relaciones con el Estado y las élites, y que implicaban la disolución de sus formas de vida”. Faltaría por conocer de qué manera las múltiples embestidas desde las instancias del poder hacia la presencia indígena resultaron exitosas.

El último trabajo del libro es el del propio Jorge Gómez: “Racismo y nacionalismo en el discurso de las élites mexicanas: historia patria y antropología indigenista”. Se ocupa de un periodo que va de finales del siglo XIX hasta la terminación del gobierno de Lázaro Cárdenas, periodo durante el cual “el racismo de corte científico se ha consolidado como uno de los fundamentos ideológicos del Estado - Nación”. El autor analiza esta relación “entre nacionalismo y racismo” revisando los textos que sirvieron para enseñar historia patria a los niños, y las ideas y la política impulsada por la antropología indigenista. Es decir, al igual que en los otros textos que le precedieron, en éste el interés está en los discursos que generan élites, en buena medida

porque influyen “en lo que la gente común y corriente piensa y dice sobre los indios, lo cual conduce directamente al mantenimiento del *statu quo*, étnico-racial”. Y sigue Jorge Gómez: “En los textos producidos por las élites que he revisado se tiende a confirmar los estereotipos simples y los prejuicios propiamente racistas que pintan al Otro/indio no sólo como pobre, pasivo, atrasado, sino como criminal, fanático, amenaza potencial, vicioso. Se trata de un discurso que quiere contrastar el carácter heterogéneo o de diferencia cultural del indio en relación a la homogeneidad de nuestro lenguaje nacional, nuestra religión verdadera, nuestra moral correcta, nuestras costumbres sanas y, muy importante, nuestra bella apariencia estética criolla/mestiza sancionada como la norma nacional hegemónica.” Esto ha incidido en la existencia de un racismo casi siempre negado en la vida mexicana pero que se ha hecho ya inocultable, sobre todo después del levantamiento zapatista de 1994.

La educación popular —como se lo planteaban las élites estudiadas por Alicia Castellanos— ha sido clave para la formación de la nación en México, es la que encierra las “referencias simbólicas” a través de las cuales se genera el sentimiento de pertenencia a la nación. Y aunque ha habido al menos dos formas de plantear el pasado, la hispanista y la indigenista, de fondo no han diferido; entre otras cosas, comparten una paradoja,

escribe Jorge Gómez, característica del nacionalismo mexicano: “la imagen espeluznante sobre los antiguos mexicanos de conciliarse con la necesidad de fundamentar el orgullo nacional en las tradiciones más antiguas de los primeros habitantes del territorio que ahora ocupa México”.

Al final, nuevamente, la salida al “problema indio” se encuentra es la “mestizante”: “Lo indio debe ser integrado, diluido en la corriente occidental, que en México debe adquirir la adecuada forma mestiza: ni indio puro, ni español puro, simplemente mestizo, fusión de maravillas”, que implica, por supuesto, la desaparición del mundo indio, que, en el mejor de los casos, paulatinamente y partiendo del respeto a sus culturas, lo iría integrando a la “civilización superior” y convirtiéndolo en miembro activo de la nación y ciudadano pleno, lo que implicaría, desde luego, el reconocimiento del Estado como representante exclusivo de la nación.

Hispanófilos e indigenistas pudieron llevar a la práctica sus planteamientos, los primeros a través de José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública, los segundos a través de la antropología indigenista representada por Manuel Gamio. Por otra parte ambas posturas al presentar al indio como indefenso, débil e incapaz de su propia liberación, asumen una postura paternalista que “tratando de proteger al indio lo

somete a su tutela impidiéndole desplegar sus potencialidades”. Finalmente, escribe el autor: “La embajada transmitida por la Historia Patria y por el *indigenismo nacional/revolucionario* es muy clara: para sobrevivir en la guerra social por la existencia, el indio [...] tendrá que hacerse mestizo”.

Aunque quizá es pedirle demasiado a un texto que es, de por sí, rico y complejo, me hubiera gustado encontrar en el de Jorge Gómez una revisión de lo que ya se ha escrito sobre enseñanza de la historia y formación de la nacionalidad, para que se escuchara con mayor nitidez el diálogo crítico que se percibe en el trabajo con otros planteamientos previos.

Espero que lo que he expuesto muestre, al menos, algunas de las líneas generales de los trabajos, pero es indispensable la lectura detenida del libro para acceder a su riqueza, que se manifiesta en una bibliografía que, entre otras cosas, da cuenta de los planteamientos teóricos que se han generado alrededor del nacionalismo, en la variedad de fuentes que sustentan los textos y en diversas reflexiones e interpretaciones que ambos elementos despiertan en los autores.

Por último sólo quiero decir que durante la lectura del libro acudí a mí permanentemente una frase de Guillermo Bonfil: “La presencia rotunda e inevitable de nuestra ascendencia india es un espejo en el que no queremos mirarnos.”